



*Nazaret:*

## *Cómo es la villa natal de Jesús*

por **MOSSÉN JACINTO VERDAGUER**

Nazaret, que significa Flor, es verdaderamente la flor de Galilea, abierta en el centro de sus montañas. Estas, para embellecerla a su placer, semejan un grandioso anfiteatro, en cuya amplia embocadura se asienta la ciudad y cuyo corazón lo constituye el Santuario de la Anunciación, en el fondo del valle donde se dejaron oír las primeras pisadas del Dios y hombre.

El anfiteatro de este valle, que se extiende sobre las cimas de Galilea, ostenta la forma de una perla y como perla lo ha concebido la poesía.

La iglesia de la Anunciación consta de tres naves. Es sencilla. En su centro, delante del altar mayor, se halla una escalera de mármol blanco, de quince escalones, por la que se baja a la capilla.

Allí, en aquel mismo lugar, sobre aquella misma roca, el Ángel dio a María la embajada más grande que ha salido de los cielos, y Dios se hizo hombre en las entrañas de una Virgen.

Jamás, ni ante el maravilloso espectáculo de las montañas

de Cataluña, ni en las rocas y ardientes llanuras de Palestina, surgieron las ideas en mi mente con tanto ardor como ante aquella piedra, fuente de toda nuestra civilización, de donde ha surgido, con las divinas aguas del Cristianismo, todo lo bello, lo verdadero y lo santo que existe en el mundo.

La vida interna que ha poblado en épocas pasadas la Nítria y la Tebaida, Miramar y las ermitas de nuestro Montserrat, así como en los tiempos presentes tantos conventos y monasterios, aquí tiene su fuente: la caridad, que acaba con el descreimiento de nuestros días, la que cura continuamente las llagas de la desgraciada Humanidad.

El Mesías prometido en el Paraíso a nuestro primer padre; el deseado de las gentes, aquí dio sus primeros pasos y bajó de estas montañas, como otro Moisés de las del Sinaí, a pregonar la dulce ley del Amor a los desterrados hijos de Eva.

Muchas casas antiguas de Nazaret que están adosadas a la montaña, tienen —y yo lo he visto por mis propios ojos— habitaciones bajo la roca, costumbre de las primeras épocas; casa primitiva.

Allí, pues, estaba situada la de Nazaret, que fue transportada por mano de los ángeles a Loreto.

La tradición, según el P. Lievín, dice que el Arcángel Gabriel, en el momento de la Encarnación, estaba en la casa de Loreto, mientras la Virgen se encontraba en el lugar de Nazaret, hoy tan visitado.

El altar, sin duda lo mejor del universo, y aún no digno del Dios hecho carne, es de sencillo mármol, con un cuadro que representa a la Virgen en oración, en tanto el Arcángel la saluda.

Bajo el ara, iluminado por cinco lámparas y señalado por una cruz, también de mármol, está el citado lugar, que tantos peregrinos vienen a adorar, después de cruzar tantas tierras y mares, rodeado de la inscripción latina: *Hic verbum caro factum est*.

Tienda o taller de San José.— Es una capilla de suma sencillez, edificada en el lugar en que trabajaba el santo Patriarca, ayudado y bendito por el buen Jesús.

Esta capilla y la de “Mensa Christi” son católicas.

La mesa donde dicen que comió con sus apóstoles, desaparecida después de la Resurrección, es una roca plana que se eleva un metro sobre el nivel del suelo y está hoy retallada, para comodidad de los fieles que van a oír misa en aquel templo.

Fuente de la Virgen.— Donde las nazarenas van siempre a coger agua, llevando la airosa ánfora sobre la cabeza y en posición inclinada. Los griegos han edificado una iglesia más arriba, en donde dicen que mana la fuente. Bajo el altar hay una boca de pozo de un palmo de anchura, por cuya abertura sacan agua con un artístico cubo para ofrecerla a los devotos.

Montaña del Precipicio.— A las cuatro de la tarde, próximamente, nos dirigimos por el fondo del valle, bordeando la montaña hasta la tajadura de la roca, desde la cual querían tirar los fariseos de Nazaret al buen Jesús. Allí existe una covacha que, probablemente, servía de altar en la capilla que debió existir en otro tiempo, de la cual sólo se distinguen las ruinas.

También debió existir un monasterio, del que no quedan restos de pared, y dos cisternas, rodeadas de espinosos cactus, tamarindos y hierbas.

En la parte superior, las piedras están cortadas y quebradas de mala manera. Delante de la Montaña del Precipicio existe otra, al lado opuesto del torrente de Nazaret, hoy sin agua.

A la misma altura de la cueva citada se ve una nueva, quién sabe si también habitada o quién si era sólo tradición popular, según dice Andricomius, autor del siglo XIV, que afirma que Jesús, cuando *transiit per medi illornnum ibat*, fue visto en el mismo momento en la montaña de delante, donde dejó estampadas en las rocas sus vestiduras.

Desde la cima de la Montaña del Precipicio se ofrece un hermoso panorama de todo el país. La llanura de Esdredon se muestra allí en toda su belleza. Aquí Débora y Barac, ante

un ejército de 2.000 hombres, deshicieron a Sisara, que venía con un numeroso contingente y 900 carros.

El torrente de Cison, que se ve allá, semejante a una gota de agua, desparramó sus cadáveres sobre la llanura.

Al pie del pequeño Hernión aparece Naim, y más allá Endor, donde fue Saúl mal aconsejado a consultar a la pitonisa.

Siguiendo la sierra, yendo a coronar la expedición, visitamos a Nuestra Señora del Temblor. Cuando los jueces iban a precipitar a Jesucristo, dicen que vino la Virgen llorando hasta allí siguiendo sus pisadas, y viendo que lo iban a lanzar, se vio poseída de un gran temblor.

Aquí existió un convento, cuyas ruinas aún son denominadas por los musulmanes *Convento de las Doncellas*, y una iglesia, cuyos cimientos radican en la roca donde la Virgen estaba con su dicho temblor.

La capilla, que acaban de edificar los padres franciscanos, tiene un altar con la Virgen rodeada de mujeres compasivas, del Zebedeo y sus dos hijos que la consuelan.

Santiago.— Es una capillita que se acaba de edificar con limosnas españolas en el mismo solar del Zebedeo, donde nacieron San Juan Evangelista y el Apóstol de España. Allí existían ya las ruinas de una capilla de importancia, de la cual restan dos grandes muros, que se encontraron bajo el ara, colocados en el mismo lugar de la nueva capilla.

A la parte posterior se encuentran asimismo dos o tres cisternas cavadas en la roca, que acaso fueran de la casa de los hijos del Ero. Una de ellas tiene dos bocas redondas; pero en las paredes de la roca y al fondo se ven varios agujeros, por los cuales podría deslizarse un hombre.

Dicha capilla es un cantón del pueblo, de lo más miserable que se puede dar. En dos casas, o mejor, barracas, hemos visto molinos y una muela de mano movida por una mujer, como en tiempos de los romanos; ante la casa tienen el horno, digno de tal molino, donde, generalmente, se cuece el pan con ramas de brezo secas. De manera que ya es un adagio: “en Oriente hay una campana de carne (el muecin), llaves de piedra y carbón animal”. En esa capillita tuve la dicha de celebrar el día 9 de mayo, cuando sólo habían celebrado en ella dos o tres padres franciscanos. Allí rogué por España y pedí al gran Apóstol Santiago que no deje morir la fe en el reino donde la llevó, y donde recibió la promesa de la Virgen de que jamás se apagaría.

Al par que los Evangelistas, subí a la cima de esta montaña, vecina de Nazaret, y les pedí que ellos iluminaran los caminos de la moderna poesía, tan llenos de fango, escollos, tinieblas, dudas y desesperaciones.

Para mí, humilde cigarra de los bosques de Cataluña, grillo que aprendió a cantar entre los surcos de la llanura de Vich, pedí la bendición de mis pobres canciones y la gracia de saber beber la poesía, aunque sólo fuera una gota, en la sagrada fuente del corazón de Jesús, donde se compendió la más sublime que se escribió sobre la tierra.

(Del *Dietari d'un peregrí a Terra Santa*, escrito durante el viaje del gran poeta en los meses de abril y mayo de 1886).